

INVERTIR EN UTOPIÍA



Todos los avances del mundo fueron utopía alguna vez: los sueños de unos pocos visionarios que se adelantaron a su tiempo, mientras la sociedad los marginaba y ridiculizaba con desprecio. Pero el inexorable paso de los años acabó por darles la razón. La concepción del mundo por parte de Galileo, las teorías sobre la redondez de la tierra, los peligros del cambio climático, el terrorismo internacional, incitado por los abusos cometidos por los occidentales, o la inmigración masiva hacia los países ricos, tras haber estos esquilado África, Asia, Oriente o Hispano América, son sólo algunos ejemplos. Cuando alguien aseguró que utilizaríamos el agua de la mar para paliar las sequías, después de malgastarla durante siglos, le llamaron alucinado. Que todo esto sería así, lo avanzaron pensadores y científicos ilustres hace ya mucho tiempo, y al parecer, a nadie le importó lo más mínimo. El mundo siguió su impertérrito camino hacia un desarrollo insostenible basado en la hipocresía.

Luego llegó Greenpeace, y dio repetidos avisos sobre la contaminación de los mares, la extinción de las especies, y otros males para la humanidad: los políticos les llamaron provocadores y exaltados, pero cuando ahora se acabó, por poner sólo un ejemplo, la anchoa del Cantábrico, ya nadie duda de que tenían razón. Sólo tuvieran que esperar treinta años para que sus inquietudes fuesen recogidas en los actuales discursos políticos –recuerden la candidatura de Madrid 2012, que consideraba fundamental que Greenpeace, que dirige mi amigo Juancho, hubiese aprobado la viabilidad medioambiental de nuestras instalaciones-. En España, como decía Cela, el que resiste gana, aunque es verdad que tenemos propensión a dar la razón cuando ya han desaparecido, o cuando todo es irremediable.

Por eso, es fundamental invertir en futuro, y escuchar a esas personas visionarias que nos advierten con sus conocimientos científicos de las plagas que nos llegarán, de los problemas que podríamos solucionar si nos decidiésemos a invertir un poco más en utopías. Todavía estamos a tiempo de disminuir los daños al planeta. Debemos pensar en el futuro, en nuestros hijos, nietos o biznietos, no sólo en el presente, ese espacio corto de tiempo que nos convierte en prisioneros de nosotros mismos, y en el que nada bueno estamos dejando detrás. Si falla lo básico, de nada les va a servir Internet, los coches alimentados por hidrógeno o las pantallas de plasma.

Hay países muy civilizados que persisten en acabar con los recursos naturales del Planeta: es el caso de Noruega o Japón, que se niegan a detener las matanzas de ballenas y delfines, aunque el beneficio obtenido es para unos pocos. Los Estados Unidos se pasean por el mundo dando lecciones, pero se niegan a firmar el Protocolo de Kioto, que sólo exige una pequeña reducción de los gases de efecto invernadero. De lo contrario, estamos condenando a las generaciones futuras a gravísimos daños y restricciones materiales de todo tipo.

Invertamos más en utopía, en fórmulas imaginativas que sirvan para arreglar la pobreza, las enfermedades más crueles, el terror, tanto el islámico, como el que provocamos los occidentales con algunos de nuestros comportamientos. Las diferencias ideológicas y culturales nunca se lograron solucionar con bombas: el mundo ha dado ya sobradas muestras de ello a través de tantas guerras como ha padecido la humanidad. Evitarlas, es la primera y más importante "utopía" en la que nuestra civilización debe ponerse a trabajar.